



Bakeneko

Enma Ai

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4° semestre

No hay sitio más extraño que una carretera oscura en una noche de tormenta. Un motor se oye a lo lejos y las luces alumbran las gotas que caen como pequeños dardos de platino. El hombre al volante no despega la vista del sendero, concentrado no en el pasar de los árboles ni en los señalamientos del camino, sino en la petición de su hija menor unos días antes:

—¡Un gato! —gritó con los ojos negros, abiertos de par en par—. ¡Papá! ¡Un gato! ¡Quiero un gato!

Zaraki se negó de inmediato; no quería mascotas en la casa ni desorden, pues al final seguro que él terminaría por encargarse de todo. El llanto acudió rápido, amargo como si aquello fuese de vida o muerte. La niña reclamó y, con lágrimas pendiendo de las pestañas, se alistó para un berrinche monumental.

—No podemos hacernos cargo de un gato, Yachiru, escucha a tu padre —intervino la madre tras mirar a su esposo con una mezcla de súplica y entretenimiento.

—Es porque no la quieres, ¿verdad? —preguntó el mayor de los cuatro hijos.

Zaraki maldijo en ese instante para sus adentros y, aun en la soledad de la carretera, apretó la mandíbula ante el recuerdo. Ése era un recurso infalible que todos usaban para sonsacarlo, pero había sido su culpa: durante el último embarazo de su esposa, Zaraki había rechazado la existencia de su pequeña hija, y su mujer había salido por la puerta con sus maletas. El karma le enseñó su lección, misma que, para su desgracia, aún aprendía cada vez que sus hijos mayores sacaban a colación el episodio funesto.

Se dijo a sí mismo que no cedería; no caería en la trampa una vez más y ni media cola de gato pisaría su jardín. No obstante, en medio de la nada mojada por la tormenta, la memoria de las lágrimas de su hija se reverberaban en la lluvia que difuminaba el horizonte. ¿De dónde podía sacar él un gato?

Zaraki se detuvo en la orilla del camino, justo al lado de un establecimiento con luz tintineante y un letrero destartalado de madera. No recordaba que hubiese una tienda en aquel sendero, pero necesitaba detenerse, estirar las piernas y beber algo. Antes de salir del automóvil se caló el sombrero, abrochó su abrigo y, tras abrir la puerta, extendió el paraguas negro. Despreocupado, entró a la tienda para comprar un café y, tal vez, una buena idea de cómo o dónde conseguir al condenado animal que su hija quería.

El cumpleaños de la niña era en el día que estaba por empezar. Su esposa le había dicho, mientras lo despedía en la entrada de la casa, que más valía regresase con un gato para su hija. Eso implicaba que sólo tenía un par de horas para comprar, secuestrar o aparecer un gato.

Con un vaso desechable en la mano, salió del establecimiento, pero se quedó junto a la puerta, bajo una techumbre, contemplando la lejanía que se alumbraba al caer de los rayos. Su admiración por la naturaleza furiosa fue cortada por un ruido a la derecha. Se puso alerta y, dada su profesión, tuvo que abstenerse de sacar la *katana* que escondía bajo el abrigo por si era sólo un ladrón o malandro sin oficio quien se ocultaba en la parte sin iluminación; su espada no era para matar a cualquiera.

Oyó, después, pequeños ruidos llenar el silencio tenso y el hombre se dedicó a buscar con la mirada el origen. Divisó, en la penumbra, un barril de aceite de lámpara y, sobre éste, una sombra inclinada hacia el interior. Entornó los ojos, apretando el mango de la espada; él más que nadie sabía que un ladrón era el menor de los problemas cuando la obscuridad albergaba seres malignos y espíritus sedientos de sangre.

Un maullido quedo quebró la tensión; un quejido gatuno que salía de una bolita negra balanceándose en el borde del barril. Zaraki se relajó: un gato, solamente un gato bebé bebiendo aceite de lámpara. De haber sido un crédulo cualquiera, supersticioso del siglo pasado, hubiese huido ante la imagen: en la antigüedad se decía que un gato de cola larga que bebiese aceite era un espíritu maligno que devoraba almas humanas

y hablaba con el razonamiento de un genio. De todos los espíritus que él conocía, un *bakeneko* era a lo que menos le tenía miedo; nunca había visto uno, ni siquiera leído documentos que sugiriesen su verificada existencia. Aparte, el aceite tradicional usado en las lámparas era de pescado, lo que hacía normal que un gato callejero lo bebiese.

El animal peludo, como una bola de hollín o una pelusa magnificada en microscopio, miró al hombre con un único ojo amarillo desorbitado. Era el gato más horroroso que Zarakí hubiese visto en su vida: mandíbula prognata, con los colmillos inferiores de fuera, la cola torcida en la punta y una pata trasera pelada. Le causó pesar al viajero, pues, por su tamaño y complexión, debía ser un gato con sólo unos meses de vida. ¿Quién podía maltratar a un animal así? Él no quería mascotas, mas no significaba que fuese a maltratar animales por la calle.

La idea apareció con el relámpago que cayó al segundo: podía llevar al pobre animal a casa, explicar su trágica historia de gato maltratado y abandonado a su suerte en la tormenta, y cuando su hija lo viese, feo como una alimaña, lo rechazaría. Zarakí ganaba. Luego llevaría a la criatura a algún templo, donde los monjes cuidarían de él.

—¿Quieres ir a casa conmigo, gato? —le preguntó Zarakí al animal que, de hecho, pareció entender—. ¿Qué haces, Zarakí? Hablándole a un gato... —murmuró para sí.

El animal volvió a maullar, saltó del barril y caminó a los pies del hombre para restregarse en su abrigo, y luego, cuando el viajero se inclinó para agarrarlo, el gato se escurrió a un metro de distancia, volvió la cabeza —de orejas demasiado grandes— y se escabulló por un antiguo camino oculto en la maleza que Zarakí jamás había visto. El hombre optó por seguir a la criatura; su plan era bueno y no hallaría un gato más espantoso que aquél.

El sinuoso sendero descendía por una ladera, marcado por tablas de piedra que alguien debió poner en algún momento. La cola del gato destacaba entre la hierba, aun en la obscuridad y la lluvia. Los zapatos de Zarakí se llenaron de lodo, pero siguió en su misión de atrapar al miserable animal y llevarlo con su hija.

—¡Lo que consigo por ser un imbécil! —se reprochó—. Si no te hubieses puesto pesado porque Ye Hwa estaba embarazada cuando le

dijiste que no querías más hijos, estarías en el coche, seco y sin la necesidad de seguir a un maldito felino por una colina bajo la lluvia —continuó con su alegato retórico.

De pronto, el paisaje cambió, ante él estaban dos gruesas estatuas antropomórficas desgastadas y llenas de musgo y, a unos pasos, lo que parecían las ruinas de un antiguo templo. El gato estaba sentado en su esplendorosa fealdad, bajo un *torii*¹. Por su parte, en el fondo, Zarakí sabía que algo no estaba bien; no podía poner en palabras la presión que sentía en el pecho, como si un poder inmenso lo tuviese estrujado en su mano. Volvió, por instinto, a tomar su arma mirando alrededor de sí.

—Ven, gato, te llevaré a un sitio mejor que este lugar maldito —ordenó el hombre y supo que sus palabras eran más certeras de lo que deseaba.

Ese templo en ruinas estaba maldito y no sabía qué horrores esperaban a que él bajase la guardia. Notó que la lluvia había cesado, al menos en aquel lugar, y sólo el viento soplaba entre los árboles de un color negro poco natural.

El minino maulló, giró sobre sí, comenzó a bañarse sin más, como si esperase a que Zarakí se acercase. El viajero lo pensó: debía actuar rápido, aproximarse, hacerse del gato y correr de regreso al auto, cuidando de no cruzar más allá del arco rojo, mismo que, para el terror del hombre, seguía de un escarlata brillante. Dio entonces unas zancadas hasta tocar las baldosas enmohecidas, llegó, se inclinó frente al animal sin despegar la vista del horizonte: la puerta del templo que llevaba a una obscuridad absoluta.

La situación le recordó a su infancia: la primera vez que atravesó el delgado velo que cubre las sombras, en el templo de Nara, cuando se enfrentó a un *inugami*² sin dueño. Tal vez era más grande ahora, no obstante, tenía sus reservas cuando se trataba de espíritus vengativos.

Observó de reojo al gatito, con la cola torcida que se movía con lentitud y su ojo fijo en él. El crujir de la madera bajo el peso de algo hizo que Zarakí volviese a intentar vislumbrar más allá del marco de piedra

1 En Japón, arco tradicional que suele encontrarse en la entrada de los santuarios sintoístas que marca el límite entre lo profano y lo sagrado.

2 Literalmente «perro dios». Es una forma de utilizar un espíritu animal con fines vengativos.

de la puerta. Unos ojos brillantes lo miraban, como cuentas blancas bajo la luz de la luna, pero con una profundidad que no despertaba admiración, sino miedo. Las pequeñas bolitas blancas comenzaron a multiplicarse, la sombra del templo se extendió más allá del portal con brazos largos y lánguidos que se deslizaban por las baldosas de piedra hacia el gato que parecía no notar aquello.

—¡Mi hija quiere un gato, ella te va a cuidar si vienes conmigo!
—exclamó, esperando que el animal se acercase a él, lejos del *torii*.

Si había aprendido algo con los años, era que un *yōkai*³ no podía atacar más allá del arco que le daba fuerza espiritual, a menos de que fuese transportado en su forma animal común, por una persona, más allá del arco. El felino ladeó la cabeza ante el grito y, con un suave salto, trepó a las piernas de Zarakí, luego su abrigo hasta su hombro. El hombre no lo pensó, dio media vuelta y corrió, sin embargo, notó que las sombras seguían extendiéndose aún más allá del arco.

“¡Maldición! ¿Qué?!” pensó. Miró a la cima de la colina por la que bajó persiguiendo al animal: otro *torii*. Apretó el paso, estaba en el territorio del espíritu hasta que cruzase el primer arco y no tenía intención de morir buscándole una mascota a su hija. Subió la escalinata con saltos grandes y la lluvia volvió a cubrir todo. Alcanzó la punta de la colina, hallando nada más que tierra y un local derruido sin luz.

La confusión pudo más que la prisa. ¿Cómo no se dio cuenta? Todo aquel lugar era una ilusión creada por algún *yōkai* hambriento de almas humanas. Lo que más le molestó, sin embargo, fue el asco creciente en su interior. ¿Qué diablos había bebido si había sido magia oscura? No se detuvo a indagar más, pasó de largo entre basura y escombros hasta su coche. Abrió la puerta, cerró el paraguas, entró, puso el seguro y buscó con la mano a la bola de pelos mojada sobre su hombro; pero nada. ¡Había perdido al condenado gato! Maldijo en alto, la excursión había sido para nada, no obstante, el felino debió ser una carnada para llevarlo al templo: una ilusión más del espíritu maligno.

Se dispuso a prender el auto cuando un maullido le hizo voltear al asiento del pasajero: ahí estaba el horrendo animal. Zarakí se quedó

3 Seres propios del imaginario cultural japonés, los cuales cambian de forma y tienen poderes sobrenaturales.

quieto, sin despegar la vista de la criatura hasta que decidió que era mejor arrancar, pues el sol comenzaba a salir y no quería ver con luz el lugar donde se perdió, aparentemente, por horas, y menos deseaba perderse en ideas vagas sobre si el gato que llevaba de pasajero era un monstruo o no. Arrancó pisando el acelerador hasta el fondo. Podía estar satisfecho: tenía al gato y seguía vivo.

—¿Qué hacías en ese lugar, animal? —preguntó en alto.

¿Por qué volvía a hablar con el minino? Ya era usual para él lidiar con cosas sobrenaturales, pero jamás se había puesto a charlar con un gato.

—No sé por qué te pregunto. Espero que hagas feliz a mi hija. Me rogó por un gato, mas yo no quería... yo no quiero mascotas en la casa.

Tenía que hablar con alguien sobre el asunto, necesitaba sacarlo de su pecho y la criatura tendría que servir a tal propósito, con el beneficio de no poder contestarle. Zarakí prendió el aire caliente mientras se convencía de que no estaba perdiendo la cordura al sincerarse con una bestia.

—A mi esposa le fue mal en el embarazo de mi hija, todo porque yo fui un imbécil al decirle que no quería al bebé. Ella se fue y casi muere al dar a luz... Casi me vuelvo loco cuando me dijeron, ¿sabes? —el hombre guardó silencio un momento, como si el gato fuese a responder—. ¿Qué me pasa? ¡Pensando que un gato me va a responder! Pero bueno, tuve que implorar a todo dios que quiso escucharme para que mi mujer sanase, y no me dejaron ver a mi pequeña Yachiru hasta casi una semana después.

El gatito maulló, clavando las uñas en el asiento como si amasara, sin despegar su ojo amarillo del humano.

—¡Ella es mi adoración, pero mis hijos mayores usan lo que le hice a Ye Hwa para hacerme ceder cuando le niego algo! Odio verla llorar y lo único que escucho en mi cabeza cuando lo hace por mi culpa es a Asahi decir: “no la quieres”. ¡Maldita sea! ¡Y ahora estás aquí, gato endemoniado! ¡Eres espantoso! Sin embargo, hoy es el cumpleaños de Yachiru y voy a ceder a su petición ¿Sabes por qué te seguí?

Le aterraba que Yachiru se sintiese rechazada por su culpa. Su esposa entendía bien el asunto, aceptó sus disculpas, lo perdonó pronto y olvidó todo, pero un niño no era capaz de razonar como adulto y Zarakí no quería que su pequeña pensase que él no la quería. ¡Tanto era el miedo que lo hacía hablar con un animal!

—Te seguí porque eres espantoso y tenía la esperanza de que ella te rechazara, pero ahora no sé. Quiero que ella esté contenta. Te prometo que te llevaré a un buen templo si no te quiere.

El gato parpadeó por primera vez, maulló, luego se hizo un ovillo sobre el asiento y dormitó moviendo las enormes orejas hacia delante de vez en vez. Zarakí suspiró, consideraba una locura haber puesto su vida en peligro por conseguir una mascota tan fea para su hija y, de cierta forma, esperaba la aceptación de Yachiru hacia el animal que comenzó a ronronear cuando el coche entró a la ciudad de Hiraizumi.

—Por un momento creí que eras un *bakeneko*, gato, pero eres muy feo y muy pequeño para ser algo más que una bola peluda con mala suerte —murmuró el hombre cuando ya divisaba su casa al final del camino—. De verdad espero le agrade a mi hija.

El sol brillaba sobre el jardín adornado con crisantemos blancos, y los cuatro niños salieron por la puerta al escuchar el motor del coche de su padre. Todos tenían el cabello y los ojos negros, como Zarakí, pero algunas facciones los asemejaban a su atractiva madre, quien salió tras los pequeños, con un delantal y un pañuelo alrededor de la cabeza. Zarakí bajó del coche, aún con las prendas húmedas por la lluvia, los zapatos cubiertos de lodo y el cabello enmarañado. Los niños se hicieron a él de inmediato, sin importarles el barro y la mugre, a excepción del mayor, pues él solamente lo saludó de lejos.

—¿Qué te pasó, Zarakí? Parece que te fuiste a pelear con un animal o algo así —se burló la mujer, ayudándole a retirar el abrigo.

—Algo parecido a eso, cariño —contestó—. Hice una parada técnica para rescatar algo de las garras del mal y necesita que lo atienda alguien —explicó y se volvió a su hija, quien lo miraba con los ojos abiertos

de par en par—. ¿Crees que puedas ayudarlo, Yachiru? Necesita mucho amor, un collar, juguetes y un lugar caliente para dormir.

La niña parpadeó varias veces sin entender, pero asintió. Zarakí intercambió miradas cómplices con su mujer, la cual comprendió de inmediato lo que su esposo ocultaba. El hombre abrió la puerta del copiloto ante la pequeña que esperaba por ver a su nuevo amigo. El gato estaba sentado, con los dientes de fuera, la cola torcida oscilante tras él y las diminutas patas delanteras juntas sobre la orilla del asiento. Maulló, la niña gritó.

Yachiru saltó sobre el animal, lo tomó del estómago con sus pequeñas manos y lo estudió con curiosidad infantil.

—¿No podías encontrar un gato más feo, papá? —interrogó Asahi, con una ceja levantada.

—¡Un gato! —exclamó la niña—. ¡Mi gato! ¡Papá, me trajiste un gato! ¿Podemos ir a comprarle un collar? ¿Puede dormir en mi cama?

—¡Feliz cumpleaños, Yachiru! —aclaró el padre y se hincó frente a su hija, ignorando la pregunta de su hijo mayor—. ¿Cómo lo vas a llamar? Si compramos un collar, necesitamos una placa con su nombre.

—¿De dónde lo sacaste, Zarakí? —preguntó la madre, con una sonrisa ante la emoción de la niña que ya abrazaba al animal contra sí—. Es bastante dócil y se deja estrujar.

El gato maulló de nuevo en los brazos de la niña, sin mayor acción que denotase su incomodidad de ser tratado como un peluche.

—De las ruinas de un templo infestado de malos espíritus —replicó el hombre—. Hubiese muerto si lo dejaba ahí y supuse que Yachiru podía cuidarlo.

Eso último era una clara mentira, pero la familia lo creyó, en especial la menor. Yachiru corrió dentro de la casa con su nueva mascota, dispuesta a enseñarle cada habitación de su nuevo hogar y llevar al manso felino a su cuarto.

—Eres muy educado —opinó la niña, dejando a su amigo sobre la cama. Buscó algo entre sus cajones, hasta hallar una corbata de lazo

de muñeco y ponérsela al gato, el cual únicamente maulló—. ¡Te pondré “Mr. Fancy”!

Después, la niña le dio la espalda al animal, y éste observó a la pequeña de trenzas despeinadas con detenimiento: era una humana apetecible, pequeña y graciosa, sin embargo, fue la primera en no reparar en la fealdad, resultado del descarado humano que fue su dueño antes. ¿Qué esperaba cuando saltó a la espalda del viajero? Comer el alma de una niña, claramente. No obstante, ahora que la conocía y la observaba buscar un suéter para él de entre la ropa de muñeca, no creía que fuese lo correcto devorarla.

Aún recordaba lo que era ser un gato de casa: dormir en el futón de su amo con placidez y beber crema de leche. Luego cumplió trece años, con una cola larga y buena salud. Su amo temió por su vida: le dijeron que él, un gato común de casa, se volvería un monstruo si dejaba que siguiera su cómoda vida, si dejaba que su cola siguiese creciendo. Él huyó cuando su amo lo intentó matar; perdió un ojo, el pelo de la pata, su cola se quebró, la mandíbula se la dislocó. Odió a los humanos desde ese instante y los años pasaron, mientras él devoraba a los viajeros incautos de carretera.

¿Por qué no se comió al padre de la niña? Tal vez estaba aburrido de la vida como espíritu maligno, tal vez fue la curiosidad; luego, claramente, la idea de probar el alma de una niña. La escuchaba hablar sobre todo lo que harían juntos, sobre lo emocionante que era tener un amigo peludo. No podía comérsela, decidió el gato. Le daría una oportunidad a ser gato casero de nuevo.

—Mi nombre es Chokichi, humana, pero “Mr. Fancy” me gusta.



Muere, vive, Miguel Ángel Fernández Sánchez.